

# Diablotexto **Digital** 5



JOANNA RUSS: *CÓMO ACABAR CON LA ESCRITURA DE LAS MUJERES*.  
Traducción de Gloria Fortún; prólogo de Jessa Crispin.  
Madrid: Dos Bigotes y Ed. Barrett, 2018, 248 pp.

MARINA PATRÓN SÁNCHEZ  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Publicado en 1983, *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* de Joanna Russ es un ensayo de rabiosa actualidad: solo hace falta señalar el hecho de que apenas ha sido reeditado en su país de origen y que ha tardado más de treinta años en ser traducido al español. En él, Russ va desgranando los mecanismos y las estrategias que se han seguido a lo largo de la historia para ocultar o menospreciar las obras literarias escritas por mujeres. Joanna Russ (Nueva York, 1937 – Tucson, 2011), además de escritora, fue profesora en la Universidad de Washington y conoció de primera mano la dificultad que suponía ser mujer en el mundo académico, a lo que también se añadió el problema de querer incluir a otras escritoras en las listas de lecturas obligatorias. Tanto en los manuales de literatura como en las antologías, los nombres de las autoras eran mínimos y siempre solían aparecer los mismos, como si solo hubiera tres o cuatro destacables. Desde el inicio del libro, dedicado a sus estudiantes<sup>1</sup>, Russ nos invita a cuestionarnos por qué ni se leen

---

<sup>1</sup> A este respecto es interesante la anécdota que Gloria Fortún cuenta en una entrevista concedida a RTVE sobre la traducción de 'estudiantes', pues la criticaron por utilizar este término en vez de 'alumnas'. Véase en <http://www.rtve.es/alacarta/audios/equilibristas/equilibristas-como-acabar-escritura-mujeres-11-11-18/4827551/>.



ni se conocen a las autoras y por qué estas son consideradas inferiores, formando una especie de subgrupo respecto a la literatura en general.

A lo largo de los once capítulos del libro, Russ nos va dando las claves de la ocultación de la escritura de las mujeres: desde la prohibición hasta la ocultación de la autoría, pasando por los clásicos argumentos de negación o contaminación de la misma, e incluso el considerar a las escritoras como entes aislados, carentes de genealogías, o como auténticas anomalías dentro de su género. Esto puede traducirse en fórmulas de este tipo: *No, no lo escribió ella... Vale, lo escribió ella, pero no debería haberlo hecho. Pero fíjate sobre qué cosas escribió. Bueno, si total solo escribió un libro bueno; y no es una artista de verdad y no se trata de auténtico arte (es algo "femenino"). Y seguro que alguien la ayudó (un hombre, claro está). Y si lo escribió ella, sin duda se trata de algo poco habitual, excepcional, que no tendrá ni antecesoras ni predecesoras.*

Uno de los aspectos más valiosos de este ensayo es que Russ no se limita a señalar la injusticia, sino que va en busca de su origen. Junto a los datos objetivos extraídos de las listas de lecturas de la Universidad, así como de las antologías consideradas de referencia, Russ aporta una profusa selección de citas de escritoras tan conocidas como las hermanas Brontë o Emily Dickinson. Sin embargo, el libro no solo recoge una inmensa cantidad de citas y notas de autoras y colegas de Russ, sino también su propia experiencia como profesora y escritora, lo que confiere al libro un valor testimonial y documental. A pesar de que todas las obras citadas son de autoras anglohablantes, los argumentos son perfectamente extrapolables para la literatura de cualquier idioma. Por desgracia, es un hecho constatable que la literatura escrita por mujeres ha sido ocultada o ninguneada por los críticos de todos los países. En esta línea, en España podemos encontrar el proyecto transmedia *Las Sinsombrero*, de Tania Balló, que busca rescatar la figura de muchísimas artistas de la Generación del 27.

Otro de los aspectos más destacables es la forma en que Russ expone esta injusticia perpetrada a la literatura escrita por mujeres: *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* «muestra indignación sin ser pretencioso, es exhaustivo sin ser aburrido y es serio sin carecer de sentido del humor», en



palabras de Jessa Crispin, encargada de prologar esta edición. A través de una prosa afiladísima, el lector descubre los obstáculos a los que las escritoras deben enfrentarse desde que deciden sentarse a escribir hasta que consiguen publicar sus libros. A lo largo de los capítulos, Russ hace una progresión de todos los prejuicios e impedimentos que rodean la escritura de las mujeres: en el primero nos muestra las dificultades que tienen y han tenido las escritoras para, simplemente, poder leer y escribir libremente. Leonard Woolf, el marido comprensivo y que tanto apoyaba a Virginia Woolf, le preguntó a Florence Howe: “¿Por qué quiere una chica tan guapa como usted desperdiciar su vida en una biblioteca?”, cuando ella era la presidenta de la Asociación de Lenguaje Moderno. Las mujeres que quieren leer y escribir no solo tienen que hacer frente a este “tierno” rechazo de los hombres, que no es más que un innecesario halago envenenado, sino que también se ven sometidas a una serie de responsabilidades de las que no pueden liberarse. Russ cita a Kate Wilhelm, quien confiesa lo siguiente:

Me di cuenta de que el mundo, de que prácticamente todas las personas que lo habitan, va a seguir dando cada vez más responsabilidades a cualquier mujer que esté dispuesta a continuar aceptándolas. Y cuando las otras responsabilidades sean demasiado grandes, las que tenga consigo misma tendrán que desaparecer. O bien deberá adoptar una posición plenamente egoísta, negarse al mundo y aceptar la culpa que sea. [...] Nada en nuestro pasado nos ha preparado para ese papel.

Charlotte Brontë también confesó que “cuando estoy enseñando mis lecciones o cosiendo preferiría estar leyendo o escribiendo; pero intento negarme a mí misma”; y Sylvia Plath, por su parte, escribió: “Una mujer debe sacrificar cualquier aspiración a la feminidad o a la familia si desea ser escritora”. De esta forma, las mujeres se acercan a la escritura con miedo o con un inmenso sentimiento de culpabilidad infundado, que no todas consiguen vencer. Sin embargo, algunas lo consiguen. Entonces comienzan otras batallas como la negación o la contaminación de la autoría, esto es: no pudo escribirlo ella y, si lo hizo, recibió ayuda. Tal es el caso *Jane Eyre*: algunos críticos afirmaron que Charlotte Brontë fue ayudada por su hermano Branwell, debido a que sus personajes presentaban una complejidad que no podía haber sido captada por una mujer. Lo mismo le sucedió a Mary Shelley con *Frankenstein*,



atribuido a su marido Percy debido a que su juventud y su sexo hacían poco probable que lo hubiera escrito ella. Aún más llamativo es el caso de *Cumbres borrascosas*, publicado por primera vez bajo un pseudónimo de difícil categorización como femenino o masculino (y seguramente a propósito): Ellis Bell. Antes de que la crítica supiera que la autora era una mujer, dijeron que la novela era poderosa y fantástica. Sin embargo, cuando se supo que su escritora era una mujer, Emily Brontë, la crítica cayó sobre ella tachándola de monstruosa y amoral. Lo único que había cambiado entre esas dos críticas era el sexo de la autora.

Sin embargo más flagrante es la injusticia cometida contra Emily Dickinson, considerada un genio de la poesía. Sin embargo, debido a la vida aislada que llevó, para la crítica se convirtió en una solterona solitaria y excéntrica que no pudo recibir influencia femenina alguna y ella, a su vez, no pudo influir sobre nadie. Considerar a las autoras de éxito como algo “anómalo” y aislarlas como si fueran entes de otro planeta, es un “rechazo disfrazado de halago”, como advierte Jessa Crispin. A este aislamiento de madres e hijas, de tradiciones y genealogías, hay que añadir el hecho de que, como afirmó Erica Jong, “lamentablemente, ser mujer significa creerse muchas de las definiciones masculinas”, las cuales hacen que sea imposible encontrar referentes femeninos fidedignos en la literatura. Esto se debe a que tales personajes creados por los autores masculinos son desmoralizantes. Adrienne Rich así lo defiende:

la chica o la mujer que pretende escribir... es especialmente susceptible al lenguaje. Acude a la poesía o a la ficción buscando *su* manera de estar en el mundo... buscando con mucho empeño guías, mapas, posibilidades; y una y otra vez... se encuentra con algo que le niega todo... Descubre el terror y el duelo... La Belle Dame Sans Merci... pero a quien precisamente no encuentra es a esa criatura absorta, entregada, confusa y algunas veces inspiradora que es ella misma.

Otro de los argumentos más dañinos empleados por críticos y académicos es la incompreensión de los textos escritos por mujeres. Ya no solo los condenan porque consideran su temática como inferior (Virginia Woolf escribió: “Este libro es importante, da por sentado el crítico, puesto que aborda el tema de la guerra. Este libro es insignificante porque trata sobre los



sentimientos de unas mujeres sentadas en una sala de estar”), sino que directamente no pueden acceder a su lectura porque no quieren o no pueden comprenderla. Es más, la peor injusticia que se puede cometer contra la escritura de las mujeres o de cualquier otro colectivo es la mala fe, si bien “La ignorancia no es mala fe”, nos explica Russ, “Pero perseverar en la ignorancia sí que lo es”, desde “Estoy demasiado cansado y no quiero ponerme a pensar sobre ello”, pasando por “Interfiere en mi visión del mundo así que no quiero pensar sobre ello”, hasta llegar a “Interfiere en mi visión del mundo, que es la única posible y la que lo engloba todo, por lo que no necesito pensar sobre ello”. Por eso son tan importantes libros como este, ya que *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* nos lanza este rechazo de realidad y desenmascara la pantomima que se ha tejido en torno a la escritoras y sus obras.

Russ nos advierte en el Epílogo: “Mientras escribía este libro de extensión y formas peculiares, una convicción se fue forjando en mi interior. Hay mucha, muchísima más literatura de calidad escrita por mujeres de lo que nadie se imagina”. No solo es un acto de justicia acercarse a ella, sino que es necesario conocerla para poder dar una visión completa, ya no solo de la historia de la literatura, sino de la humanidad. Es una curiosa ironía cómo este ensayo, así como otras obras de la propia Russ como *El hombre hembra* (*The Female Man*, 1975), han sufrido estos mismos mecanismos de ocultación machista. Para acceder al primero hemos tenido que esperar a esta edición traducida por las Editoriales Barrett y Dos Bigotes; y para el segundo tendremos que seguir esperando a una reedición, porque es casi imposible acceder a él. Treinta y cinco años después de que *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* fuera escrito, sus postulados siguen teniendo una triste vigencia hoy en día.